

LLEGO EL COMANDANTE Y MANDO A PARAR.

JOAN OLEZA

Levante

Viernes, 20 de junio de 2003

El automóvil rodaba en dirección a Miramar, barrio residencial de La Habana. Era de noche y el semáforo estaba en verde. Se cruzó alguien agitando una linterna. Con la gorra calada y el arma en la mano hizo salir al amigo que conducía. A nuestro alrededor todos los “carros” estaban detenidos, con los faros apagados. Es Fidel, que va a pasar, dijo una de nuestras amigas cubanas. El policía abroncaba al inexperto conductor español por no haberle hecho caso inmediatamente. ¿Y si se atraviesa y le meten la balasera, qué entonses hacemos? Pasaron raudos por delante de nosotros tres automóviles grandes, negros, que se perdieron en la noche. Ya está, ya pasó. Todo volvió al orden: los semáforos volvieron a dirigir el escaso tráfico, los policías se retiraron a sus garitas en los cruces, los automóviles reanudaron su marcha. Siempre es así, dijo nuestra amiga cubana: cuando pasa el Comandante hay que parar. Yo recordé el verso de aquella canción de Carlos Puebla que cantábamos en los últimos días de la dictadura franquista: “Llegó el Comandante y mandó a parar”. Pero “parar” quería decir otra cosa, quería decir, como es uso frecuente en algunas zonas de la América hispana, “plantarse”, “ponerse o estar en pie”, pero también “estar pronto a exponerse a un peligro”.

Volvió a ocurrirnos otras noches, en distintas circunstancias, y mientras a nosotros, los europeos, nos parecía insólita esa caravana de coches espectrales cruzando la Habana, en uno de cuyos interiores recorre de noche la ciudad el viejo dictador, que nadie sabe a ciencia cierta dónde vive – “pues más p’allá”, dicen, señalando ambiguamente hacia el oeste – y que parece protegerse de la constante amenaza de un asesinato selectivo con argucias de tiempos más románticos que tecnológicos, los cubanos lo asimilaban con toda naturalidad: “cuando pasa el Comandante, hay que parar”. Pero “parar” tiene ahora el sentido más habitual en español: detener el movimiento.

Estos días, al contemplar las imágenes de la multitudinaria y escolar manifestación encabezada por Fidel y el hermanísimo contra las embajadas de España e Italia, o al leer estremecido las notas que uno de los periodistas condenados a

veinticinco años por un delito de opinión ha logrado sacar de su siniestra cárcel y darlo a publicar en el exterior, o al ver la encomiástica película *Comandante*, de Oliver Stone, o al enterarme de que han cerrado el Centro Cultural Español, en aquella hermosa casa de las Cariátides, en el malecón, frente al mar, bajo la poco fiable acusación de una actividad conspirativa, han vuelto a mi memoria los últimos días pasados en la ciudad de La Habana, todavía no hace dos meses.

He leído con atención la declaración del Ministerio de Exteriores de Cuba, y en su análisis del conflicto con la Unión Europea no dejan de resonar acusaciones llenas de verdad. Reprochan a la UE estar tan preocupada con las 3 penas de muerte en Cuba como poco preocupada por el uso y abuso de la pena de muerte (incluida la de menores y enfermos mentales) en USA, donde sólo el año pasado fueron ejecutadas 71 personas. Reprochan a la UE que se escandalice por la indefensión jurídica o el trato carcelario de los presos políticos en Cuba, mientras callan ante la situación de los cientos de prisioneros que USA mantiene en la base naval de Guantánamo, fuera de todo control jurídico y sin el menor respeto a los Derechos Humanos. “Cuba no le reconoce a la UE autoridad moral para condenarla”, concluye la declaración.

Incluso uno debería estar muy atento a una parte de su argumentación, la que denuncia una política de continuos pronunciamientos contra Cuba por parte de la UE, que tiene su punto de partida en la llamada Posición Común “que España impuso al resto de la Unión Europea desde 1996”, y que ha conducido a un progresivo y cada vez más acusado sometimiento de la política sobre Cuba de la UE a las directrices de los Estados Unidos. Da miedo seguir en su razonamiento al gobierno cubano cuando denuncia que este alineamiento “trata de fabricar los pretextos para una agresión militar contra nuestro país”. En La Habana yo he escuchado a algunos intelectuales cercanos al régimen exponer la convicción de que Aznar, al frente de España, es el factor que podría concitar el consenso de la oposición interior e incluso de la exterior, y como mínimo la división de la posición europea, para los planes de Bush de ocupar militarmente la isla. La facilidad con que Aznar se ha prestado a las maquinaciones invasoras del presidente norteamericano en Iraq, no contribuye precisamente a restar credibilidad a esta sospecha.

En todos estos argumentos Cuba merece ser escuchada, como lo merece cuando reivindica para sí el símbolo de la resistencia de los pueblos a la amenaza de una tiranía mundial de los Estados Unidos, que extiende una oscura nube sobre los primeros

años del siglo XXI, o cuando se compromete a defender su derecho a ser una nación libre e independiente.

Pero son todos los argumentos que uno escucha después de escuchar otro mayor que ellos, el de que Cuba es un país sin libertad, gobernado por un dictador, que se apoya en un aparato de poder represor y burocratizado. Lo que fue una gloriosa revolución –la acelerada marcha de todo un pueblo hacia el futuro, bajo la audaz dirección de unos jóvenes insurrectos- se ha convertido en una contrarrevolución – el estancamiento de una vida civil condenada a encerrarse en su pasado. Ni siquiera el bloqueo USA, la ominosa Ley Helms-Burton, o la amenaza militar de Bush y sus siniestros asesores, que son las más importantes razones de la dictadura castrista, las que alimentan la cerrazón de su discurso, su negativa a evolucionar, su encastillamiento en una actitud numantina de resistencia heroica y de feroz autovigilancia, pueden legitimar el sectarismo de llamar “mercenarios al servicio del gobierno de Estados Unidos” a poetas y periodistas que defienden su derecho a la opinión, o de calificar de “justas condenas” la farsa jurídica que ha llevado a unos reos al paredón y a otros a elevadísimas penas de cárcel. La Cuba de Castro, al arremeter contra su propia oposición interior está arremetiendo contra los únicos que podrían ejercer como interlocutores de una transición pacífica, capaz de precaverse contra la amenaza neocolonial que los Estados Unidos de Bush, Cheney o Perle ambicionan extender a todo el Tercer Mundo. Está quemando sus naves, encerrándose en un discurso sectario y recalcitrante, sacrificando el presente de un gran país, y lo que es peor, amenazando su futuro con una transición en manos de sus enemigos.

Por eso Cuba, ahora, mientras el Comandante recorre en la noche su capital, se queda parada, detenida, refrenada, con los faros apagados y policías en todos los cruces. Quien la llevó a la revolución la condena ahora al letargo.